

EL CAMPESINADO CUBANO

Su pasado, presente y porvenir.— Su contribución a las revoluciones independentistas.—Olvida la República la base que le dio el ser y aun la sustenta.

El campesino —guajiro o montuno— vino a ocupar después de la conquista el lugar del indio en nuestra tierra. Son sus naturales herederos. Si los indios fueron criminalmente tratados por los españoles hasta su total extinción, nosotros, los descendientes de aquellos conquistadores, déspotas y crueles, no hemos sido mejores con los herederos de los ciboneyes y tainos, con la agravante de motejarnos republicanos y demócratas.

El campesino vive a nuestra vera, a semejanza y manera india y si no son perseguidos, también es verdad que nos son absolutamente indiferentes. Me refiero, indudablemente a los gobernantes cubanos, que con desidia criminal les han abandonado a su suerte.

En tiempos de la colonia, nuestro campesino no era un paria. Tenía hasta cierta igualdad de derechos y deberes como el resto del conglomerado social de su época, Entonces existía ese escarnio que se llamaba la esclavitud, baldón humano de las naciones civilizadas de la época. El hombre de campo subsistía como pequeño propietario de tierras, jornalero de campo, criador de ganado, pequeño colono de caña, obrero en las plantaciones, peón de ganadería y en fin, vivía con decoro de su sueldo o jornal.

Aunque fueran exiguas sus entradas eran compatibles con la baratura de la vida y lo bien nutrida de sus estancias. Eran hogareños, respetuosos, siempre dispuestos a la ayuda desinteresada de amigos y vecinos. Las diversiones moderadas. Los domingos se reunían para bailar y versificar. Su música: la guitarra o el acordeón. Se improvisaban décimas, cuartetas u octavas reales. Otras veces reunían versificadores de dis-

tintos lugares para competir en torneos de improvisadores. Las peleas de gallos, típicas del criollo ocupaban lugar prominente en los festejos; también la banca, el monte, siete y media, y sus paradas de dados. Sin ello querer decir que fueran viciosos en los juegos de azar, si no, uno de tantos motivos de diversiones. Los torneos o carreras de cintas privaban a los jóvenes de ambos sexos. El guajirito por mala que fuera su situación económica no se desprendía de su buen caballo. Era su orgullo, cuidar su potro y buenos arreos, para lucir a la novia. En estos eventos deportivos las madrinan llevaban sus mejores galas para «fleitar» con los galanes.

En cada hogar campesino el padre era supremo juez. Sus veredictos había que acatarlos sin discusión; aún los hijos casados sentían su potestad que era inapelable. Cuando un *adorado tormento* correspondía a su galán, el primero que se enteraba era el padre del novio, para que hiciera la petición formal de matrimonio. No toleraban un amor que estimaban clandestino, si no se hacía público con la autorización de los padres. Como se ve tenían alto concepto de la moral social. Era orgullo para el más infeliz campesino la estima de su honor que se exhibía como blasón de familia, como timbre de hidalguía.

El guajirito era esclavo de su palabra. Todos los tratos de intereses materiales, eran morales, bajo palabra de hombría de bien, muy superiores a las escrituras públicas notariales de nuestro presente. Eran ahorrativos. Cuanta onza ganaba su sudor, era apañada en botijas de barro, las célebres «botijuelas» que se enterraban para mejor guardar.

No había hogar que careciera de aperos de labranza, repletos gallineros, vacas para la ordeña, surtida estancia y el orgullo del cubano: magníficos caballos de primera calidad. «Primero muerto que cansado», de aquellos, en fin, sobre cuyos lomos pudo hacerse la Invasión. Hecho de armas, síntesis de la Revolución del 95.

Pasada la gran gesta de Céspedes en el 68, después de la viril Protesta de Baraguá por el más bravo de los capitanes de América por su liberación-caballero y bayardo de la paz y de la guerra-aquel inconmensurable Antonio, estirpe Maceo, gloria de Oriente y de toda Cuba y de la América libre que ama a sus libertadores. Pasada, repito, la Guerra de los Diez Años, se dispersaron por los campos para rehacer su familia, en busca de los suyos, que los más ya habían desaparecido engullidos por la tormenta de la lucha.

Viejo, enfermo, achacoso y arruinado física, moral y económicamente, el hombre del 68 ambulaba por caminos y veredas como un extraño en

su tierra. Pronto se rehacen. Mayor calamidad acababan de pasar en los diez años de homérica contienda. Allí han fortalecido su espíritu haciéndose estoicos, doctrina filosófica adquirida, aprendida, en una década de martirios corporales y espirituales por darse una patria libre y poderla legar como única herencia a su prole.

Habiendo escrito con sangre y sacrificios las páginas de oro en el libro de la Historia, otra vez el guajiro cubano-negros y blancos-que se hermanaron en los campos de batalla y en el sufrimiento, se ven hermanados con la manquera del arado, abriendo surcos en la tierra pródiga, que tantas veces habían abonado con sangre y lágrimas.

Estos hombres buenos, dóciles, fuertes y valientes, que en su mayoría no sabían leer, fueron educados por la madre buena, el padre sencillo, adicto al deber, que tenían como timbre de orgullo, la honradez y su palabra.

Se dedicaban a la obra de reconstrucción de sus predios para bienestar de la familia. Educar la prole como ellos fueron educados, pero con un nuevo ejemplo que ellos no habían conocido: inculcar a los hijos terminar la obra que ellos habían comenzado, si es que el arcano les deparaba no existir cuando la nueva hora llegara.

Tema obligado por las noches era oír la familia contar al viejo las hazañas portentosas de la guerra y como, a la primera clarinada, todos debían acudir, viejos y jóvenes, a concluir la obra.

Los veteranos se ponían como ejemplo, porque después de diez años de martirios corporales, estaban ansiosos de comenzar otra vez. Que sufrieren penalidades, de respeto al jefe, de disciplina, para que no fuera sorpresa las calamidades de la guerra. Pensaban que las grandezas de tener patria, no se adquiere sino con esos sagrados sacrificios.

Que cuando fueran libres los cubanos tendrían tierras propias. Los gobiernos serían de cubanos. Que cada uno de ellos tendría el derecho de ser un Presidente de la República. Para demostrar que el más atrasado tenía un alto concepto del por qué estaba en la manigua, voy a contar una anécdota de un negrito de la costa de mi pueblo, Manzanillo, que no sabía leer. Era asistente del teniente del E. L., Eugenio Fernández, que hoy vive en la Habana, cuando éste acompañaba al sargento Rowan con el célebre «Mensaje» a García desde el campamento del Chino, del general D. Bartolomé Masó a Bayamo, donde se hallaba el general Calixto García. Por el camino preguntaba el asistente a qué venía y qué decía el americano, a quien por su mutismo le habían bautizado con el mote de «El Perico Mudo». Fernández les contestaba que venía en misión de

su gobierno, pero que no decía cuál era esa misión. Que según se rumoraba, los americanos iban a declarar la guerra a España. Y de ser así, quizás vinieran tropas yanquis a prestar ayuda a los cubanos. «Mire, Teniente —contestaba el asistente— dígame al americano que nos sobramos para ganarnos a los españoles. Que si quieren ayudar, manden armas, pero que no vengan. Si no, «vamos a tener que pelear contra ellos, pues van a querer quedarse».

Fernández se reía del apuro patriótico mambi y de su agudeza mental, muy lógica por cierto. En vista que nada contestaba, exasperado el negrito, se aproximó al yanqui y haciendo portavoz con sus manos las dirigió al oído y le gritó: «Oiga, americano, no vengan ustedes. No los queremos. Si quieren ayudar manden rifles y balas para acabar la guerra en seguida». Rowan se asombró de aquel exabrupto, mientras el teniente reía a carcajadas de la comicidad del hecho.

Cuando explicó a Rowan la ocurrencia ingenua fué la única vez que el hermético americano rió en el viaje. Este hecho histórico pone en evidencia, cómo, el más sencillo de los combatientes tenía conciencia plena de la patria. La amaba y cuidaba de peligros,- dando con placer la existencia por tenerla a plenitud.

Durante el camino a Bayamo, se hallaron algunos generales cubanos en operaciones que en poco se diferenciaban de la tropa, por la miseria de sus trajes. Llegados a la ciudad el general García tenía su Estado Mayor alojado en una de las mejores mansiones bayamesas. Al entrar los visitantes se sorprendieron de la marcialidad y buen porte de los oficiales del Estado Mayor: afeitados, trajes nuevos, bocamangas y estrellas, polainas y zapatos relucientes, de modales distinguidos. Como que todos eran cubanos de alta educación o profesionales que en su mayoría hablaban buen inglés. Ante la marcialidad y porte distinguido del General Calixto García, dijo Rowan a Fernández: «¡Teniente, este sí que parece un general!»

Cubanos: si tuviéramos que rendir cuentas ante el juicio final, que espera la humanidad y extendieron su dedo acusador aquellos hombres cimeros en el honor y el sacrificio, los quintuples sacrosantos de la Historia: Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Máximo Gómez, Antonio Maceo y José Martí, ese ¡yo acuso! sería terrorífico para los gobernantes en los cincuenta años de República.

Diría El Maestro, con índice acusador: «¿Qué saldo a favor del pueblo que dijo presente en los campos de Cuba Libre?»,... ¿Es esta la República que yo soñaba en toda una vida de sacrificios y enseñanzas?

—epilogándola en Dos Ríos para ejemplarizar que la Patria es: «agonía y deber». «Así clamaría El Maestro!...

Y enhiesto Máximo Gómez, —airado y viril— vibrante como una espada, con la barbilla inquieta, les diría despreciativo: ¡«No merecen un tiro de fusil. A la guásima con todos!»

El Padre de la Patria acusaría: «Yo fui el máximo responsable de desencadenar las guerras en mi patria al grito de ¡Muerte o Libertad!, dando ejemplo de sacrificio, viejo, ciego y solo, cayendo ante las hordas españolas uno contra cientos!

¡Vosotros, acusados, sois peores que aquellos enemigos, traicionando nuestros ideales! Y aquel bayardo camagüeyano que como alud desencadenado en la tormenta, rompía los cuadros de la infantería hispana con el pecho de sus corceles, plagando la Historia de hechos homéricos y que con su continente severo de gran capitán acusaría altivo como traidores, a los detentadores del credo revolucionario, manteniendo lo mejor de su pueblo en la miseria y la ignorancia.

Maceo, el General Antonio, el épico oriental, el hombre de la Invasión, el rayo devastador a cuyo nombre, símbolo de huracán, huían las huestes españolas, los soldados más famosos de la vieja Europa. Maceo, bueno, gentil, obsequioso y fino con las damas, tardo en el hablar, caballero de porte distinguido, el de sonrisa acogedora y franca, pero... a la hora de mandar, a la hora del combate, en el instante del deber era el General Antonio: primero en la batalla, el más fiero de sus hombres, el que todo lo rendía a la voluntad de su acero. Y este Maceo airado sería el que pediría cuentas de que habían hecho los gobernadores republicanos con la masa campesina que les había otorgado una república amasada con la sangre de los hombres que él dirigió hacia la victoria.

Maceo apostrofaría: fui hermano de esos hombres en los predios de trabajo. Salí formado en carne campesina y a su redención los lancé por doce años a la conquista de una patria que les redimiera del vasallaje y el analfabetismo, para hacer hombres, de parias.

En cincuenta años la prole de los héroes ha perdido la divina herencia y son ciudadanos de ínfima clase a quienes no llega ni siquiera la luz de la enseñanza. No hicimos patria para disfrute de unos pocos, sino como nos decía Martí: «De todos y para el bien de todos».

Sufran los defraudadores el castigo del tribunal que aquí les condena, que nosotros retornamos a la gloria, diciendo como Simón Bolívar: «¡Hemos arado en el mar!» A *grosso modo* vamos a tratar de exponer las causas reales que han traído ese fracaso en la gobernación del

país. Antes de las guerras independentistas, como hemos dicho, el campesinado vivía sano, tenía trabajo y hogar tranquilo y confortable, manteniendo el ideal espiritual de la independencia de Cuba y donde uno de sus vástagos tendría derecho a ser Presidente de la misma.

Alcanzando ya los cincuenta años de gobierno propio el cuadro no puede ser más desolador. Crispa el ánimo al modesto patriota que se interesa por ese cuadro de miseria criminal a donde se ha lanzado a toda la familia montuna, tanto en lo político, económico y social. Observemos la clase de material humano que han debido reformar o ayudar los gobiernos republicanos: si es bueno o dúctil para la modificación o es elemento agrio para la aleación o la forja. Si forman varios grupos étnicos o de caracteres, costumbres o vicios distintos.

Enfáticamente debemos contestar que los grupos raciales no cuentan: blancos y negros, forman en el campesinado una sola unidad en usos, costumbres, trabajos, vicios, y deseos de superación. Tienen la misma capacidad mental y viven promiscuamente, amalgamados. Se explica: vivieron por trece años las calamidades de la manigua guerrera. Los mismos ideales y penalidades les hermanaron en el infortunio. La muerte los hacinaba unos sobre los otros y la misma tierra les cobijaba en la huesa. El campesino, negro o blanco, no tiene taras, más que la tara de la miseria. Son inteligentes, bondadosos, adaptables y con estoicismo tan cabal que resistieron las penalidades de dos guerras sin quebrantar su fe.

Es un material humano que no se halla en las Américas todas, ni se encuentra en tierra alguna del mundo. Dígalo si no, el contingente que dió a las luchas patrias en más de un 80% y donde salieron no pocos jefes y oficiales. Como ejemplo basta el de un grupo entero de hombres y mujeres: los Maceo.

He conocido indios de otras tierras que después de veinte años de educación en centros capitalinos, se conoce, por la acción y por los gestos, su inadaptabilidad. Un joven campesino cubano de plena Sierra, al año de estar en la Habana no hay petrimetre que le supere, escondiendo con arte diabólica su pasado serrano.

Pero, ¿cuáles son las causas determinantes de ese estado actual de atraso en el guajiro cubano? Son varios los factores, pero especialmente dos son los esenciales: la política y los pésimos gobiernos. Los políticos explotan, engañan y vician al campesinado. Por ejemplo: la primera vez que delinque un miembro de familia campesina, se aterra. Son naturalmente temerosos a la ley. El delincuente tiembla de pavor, jurando no delinquir más. Pero antes de la actuación judicial ya ha actuado el sar-

gento político del cuartón. Les dice: «No tengan miedo, no se vuelvan locos, aquí estoy yo. Esto corre de mi cuenta. Este muchacho no sale «ni picao». Mañana le presto la fianza, le escribo al «toro», ya saben, al representante». Ni multa para el delincuente. Este caso se va repitiendo de familia en familia, de año en año, de pueblo en pueblo, y ya pueden robar, matar, incendiar... el político se los arregla todo.

Pasan años y gobiernos republicanos y cada vez la masa buena campesina está más corrompida. Cambian su machete de trabajo por arma homicida, que ya es frecuente dirigirla contra el hermano o contra el mismo autor de sus días. Se acabó la «casita criolla» del campesino limpio, aseado, honrado. Ahora son verdaderas pocilgas. Las casas no tienen ventanas, ni un rayo de sol vivificador entra en la choza. Los pisos de tierra. En el charco del arroyo se toma el agua infectada de parásitos intestinales, con toda la corte de las anemias graves y el cortejo de la tuberculosis, plaga maldita. Sin embargo, así trabaja con ese tanto por ciento brutal de parasitados, con las fuerzas exhaustas va al agotante campo de caña y a la estancia. El mismo tanto por ciento de parásitos se le puede contar como analfabetismo. No hay escuela y cuando las hay, de cuando en cuando se dá una clase. El maestro no puede adaptarse al medio.

En cuanto a que la sanidad diga que trabaja para erradicar el parasitismo, es una burla. Los jefes de salubridad son políticos y los tales laboratorios ambulantes son burda patraña. Ni se recogen heces en los campos, ni se reparten medicamentos. Lo mismo pasa en las zonas palúdicas. Nada se hace por agotar el *anofeles*, erradicando el paludismo.

Gracias a la eficacia y constancia del médico rural cubano cuando no miles de muertos palúdicos y de necatoriasis en el país. Para aliviar a Cuba de ese azote, que es el más grave problema sanitario para el campesinado cubano, debía encargar el Ministerio de Salubridad a una firma tan acreditada en América Latina como los Laboratorios «Kuba», dirigidos por los Dres. Kouri y Basnuevo, que han hecho estadísticas propias sobre parasitismo en algunas provincias. Son sabios profesores de nuestra Universidad, que por servir al pueblo, se desvelan por su salud. Ellos harían una obra científica de especialidad anexa a la salubridad y bien separados de la politiquería que desacredita toda obra de gobierno por grande que sea su buena intención.

La promiscuidad en la vivienda campesina es pavorosa y en una sola habitación vive toda la familia, hacinados, en catres sucios sin cobertores. Los hijos duermen juntos en un catre y las hijas mayores en otro. El

matrimonio aparte y en hamacas los varones, mugrientos y hacinados. Esa es su vida en un pueblo de sol y de los mas feraces de la tierra. De ahí los brutales incestos, conocidos, pero no publicados, que ponen pavor en el alma sentimental del cubano.

Los jóvenes a los quince años cuentan con dos o tres mujeres, pero cada una viviendo en su casa y de ahí lo natural y lógico que una mujer con siete hijos cada uno tiene padre distinto y ninguno se ocupa del suyo. Es raro que se efectúe un baile o guateque, donde no haya muertos o heridos de bala o de machete. En las cantinas se embriagan con malas bebidas no controladas por Sanidad, que dan embriaguez y quitan el juicio sumándose los homicidios.

En cuanto a la mayoría de los escándalos de prensa por desalojo de los campesinos, son fantásticos, politiquería para sumar adeptos a curules camarillas. Generalmente son vecinos que asaltan una finca y allí viven a la brava devastando y quemando montes para estancias o por maldad viviendo del merodeo. Ya son miles de caballerías taladas en la Sierra Maestra que habrán desaparecido dentro de veinte años y a los cincuenta serán cerros calvos en toda la cordillera. La desidia de todos los gobiernos, es la responsable de haber hecho del campesino noble y bueno, un ciudadano que parece incontrolable, por el abandono y la miseria.

La manera rápida de levantar la cultura y medios de vida del campesino cubano y sin carga para el Estado es la urgente constitución de los bancos agrícolas de la Nación, como lo manda nuestra «Carta Magna». Ese sería la panacea para el guajiro y su analfabetismo. ¿De qué serviría un reparto de tierras si están en la miseria para explotarla y a más, carecen de útiles de labranza y caminos vecinales? Los Bancos Agrícolas bien organizados y sin mezclar en ellos a los políticos, se entiende darían un óptimo fruto de riqueza material y bienestar general. La caña no le dá al hombre de campo más que cuatro meses de mal vivir, para pasar los otros ocho del año en la miseria más abyecta. El día que se establezcan los bancos, seriamente, sin políticos *mangoneadores* sin *manganillas* ni trampas, nuestros campos serán una «Arcadia». Se construirían caminos y carreteras por los «Bancos locales» a sus colonias para extracción de los frutos; se establecerían regadíos, tendrían maestros agrícolas en cada colonia; su buena escuela y maestro bien dotado; agua buena y corriente, luz eléctrica y almacenes del Banco *ad hoc* para la conservación de granos y otros productos que se venderían en plaza o al extranjero a precio *standard* según el mercado. Tendrían Cooperativa

Agrícola de la entidad bancaria con magníficas tiendas, cine al aire libre, clubes de sport para la juventud.

Y sobre todo un ancho campo de especulación mental para el porvenir, que no sería tético y sobrio como el de hoy, sino superior. En cuanto a la tierra sobraría, por ley urgente del Congreso contra el latifundismo. Toda tierra que no esté en producción se obligaría arrendarla al banco en justo peritaje y según calidad. Los peritos agrónomos clasificarían las tierras para cada fruto o cosecha haciendo lo rotación de los mismos en el año. Las casas de colonos serían *standard*, con todas las necesidades de higiene y confort, así como inspección sanitaria a la comunidad, tanto en hospitales, médicos y boticas.

Las tierras se pondrían en manos de los colonos en son de siembras, es decir, aradas y abonadas. Entre los frutos de explotación tenemos el plátano y la piña, con el mejor mercado del mundo en nuestras puertas. Jamaica, Colombia y Venezuela exportan a Estados Unidos más de cien millones de pesos todos los años, solamente en plátano.

Nosotros podríamos producir todos los granos para el consumo y hacernos exportadores de los mismos. Nuestro pueblo tendría viandas baratas de primera calidad y granos frescos. El Banco sería el exportador con sus líneas de vapores. Esta es la manera patriótica y humana de rescatar al campesinado para que pueda vivir como ciudadano, como quisieron sus padres los gloriosos mambises del 68 y del 95.

Se extinguirían los vicios, la miseria, las enfermedades parasitarias y no serían la carne de cañón de los políticos al uso, compradores de conciencias por la miseria y la incultura. Entonces no diríamos aquello de: «Las cosas de Cuba no tienen igual» o bien, «que este es el país de la siguaralla» para motejarnos desenfadadamente de «sinvergüenzas» o «desfachatados».

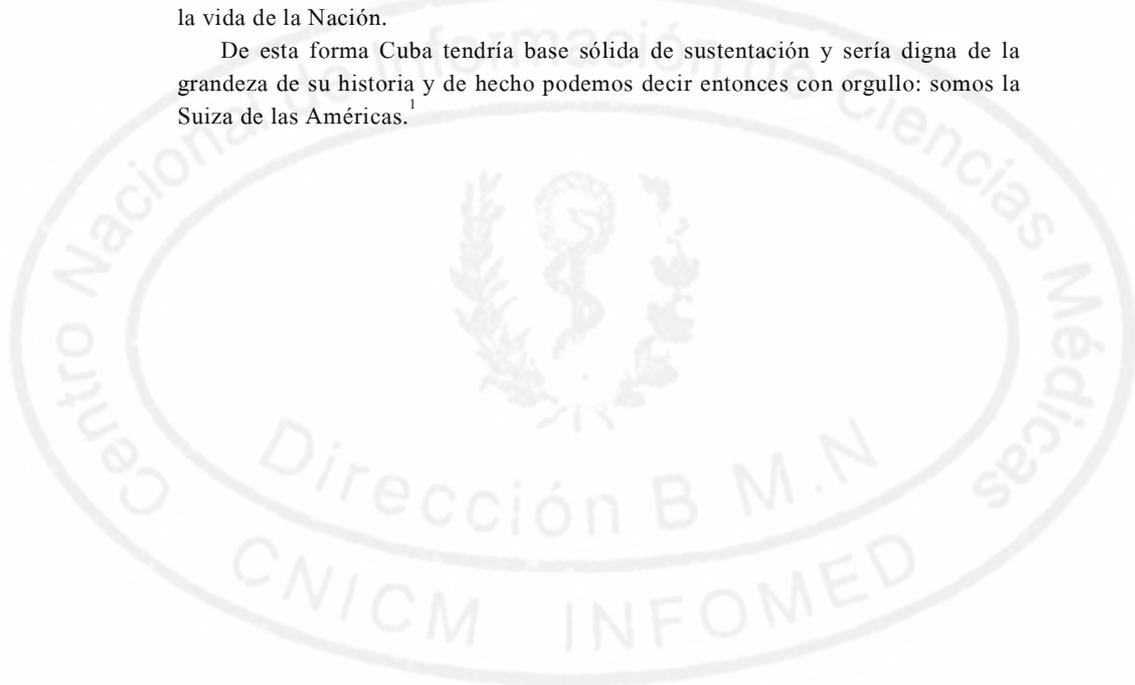
Al aumentar así el poder adquisitivo del hombre de campo, automáticamente subirían los jornales en la industria cañera, sin luchas sindicales con el patrono. La falta de braceros y altos jornales traería de consuno la mecanización en el corte de caña sin protesta obrera y con gran alivio para el colono y dueño de centrales, sobre todo si llegara una baja en el azúcar.

Así, libertados en su economía y viviendo como seres humanos en menos de una década, prosperaríamos más que en los cincuenta años de vida republicana. Otra vez el campesino sería sano, robusto y alegre como sus antepasados guerreros de la Revolución.

La décima y la guitarra dejarían oír su melodía en las noches estrelladas como expresión del contento de vivir de un pueblo libre y soberano, sin preocupaciones del mañana. El político inepto e inmoral no podría corromper la conciencia campesina. El presente que viven los pueblos de la tierra cubana está plagado de horizontes sombríos que amenazan tempestad!

Si desgraciadamente para la humanidad se desatara la Tercera Guerra Mundial como azote brutal para el porvenir, debemos estar prevenidos para no caer en los errores del pasado. Bastarnos nosotros mismos sin depender económicamente de otros pueblos. Pulcritud en los manejos de los fondos públicos. Construir carreteras, caminos, escuelas, diversificación agrícola intensivas y por estos medios propios no carecer de los elementos esenciales para la vida de la Nación.

De esta forma Cuba tendría base sólida de sustentación y sería digna de la grandeza de su historia y de hecho podemos decir entonces con orgullo: somos la Suiza de las Américas.¹



¹ Este trabajo del médico manzanillero parece fue escrito alrededor de los años 40 y pico, después de un viaje por Europa.